

DOCUMENTOS

La ciudad contemporánea

Por Óscar NIEMEYER

Una tesis sobre la ciudad contemporánea presenta siempre el peligro de caer en lugares comunes, esto es, en la repetición de conceptos y opiniones por demás conocidos y divulgados. En realidad, mucho se ha escrito sobre la ciudad moderna, sus conveniencias y necesidades, y son innumerables los libros técnicos y la bibliografía emitida por los estudiosos de esos problemas. *

No sería, por lo tanto, razonable que justamente un arquitecto brasileño se permitiera tratar tema tan complejo, discutido y especulado por las mayores autoridades europeas.

No subestimamos, naturalmente, nuestra capacidad ni —si se nos permite decirlo— la contribución que vamos dando a la arquitectura contemporánea; pero sabemos que nuestro trabajo se caracteriza principalmente por el entusiasmo y por la fuerza creadora, que condiciones peculiares de los países jóvenes —sin grandes tradiciones y preconceptos— permiten aprovechar. Estamos conscientes de que nuestro esfuerzo no se basa en grandes conocimientos teóricos ni en una vieja y sabia experiencia. La experiencia que tenemos la debemos, sin duda, a la cultura europea, que procuramos asimilar y adaptar a las condiciones específicas de nuestro país.

Por todo esto procuraré no dar a estas líneas un carácter técnico, prefiriendo que ellas se dirijan a un problema más simple de abordar, pero de mayor importancia y, desgraciadamente, muchas veces omitido, que es el hombre en la ciudad contemporánea.

Vivimos ciertamente en un gran periodo en lo que a urbanismo y arquitectura se refiere; este periodo que comenzó con

* Texto leído en la Conferencia Internacional de Estudiantes de Arquitectura [1959].



"imposición de los tiempos modernos"

la revolución industrial, quedará grabado en la historia como una de las más extraordinarias etapas en que el progreso técnico modificó y revolucionó todo, sugiriendo a los arquitectos un nuevo mundo de formas imprevisibles.

Solamente el hombre permanece lo mismo, sufriendo las mismas contradicciones e injusticias de siglos atrás. Mientras que para algunos, la arquitectura y el urbanismo constituyen elementos de alegría y confort, para otros —la gran mayoría— ellos se presentan como algo distante, inalcanzable, para lo cual sin embargo contribuyen con sus mejores esfuerzos.

Ante todo, la arquitectura y el urbanismo tienen un objetivo que cumplir, y éste es dirigido precisa e indistintamente al hombre. Pero la criatura humana es tan frágil —aun la más bien formada— que cuando apreciamos las grandes realizaciones arquitectónicas de todas las épocas, siempre olvidamos este objetivo básico que debía caracterizarlas, para limitarnos a apreciaciones de sus cualidades plásticas de grandiosidad y belleza. De esta manera nos conmovemos ante las obras griegas, egipcias o ante los castillos de la Edad Media, sin que nuestra emoción interfiera en el conocimiento de que la mayor parte de estas construcciones fueron levantadas sobre el sufrimiento y la opresión, sin ningún objetivo realmente digno de respeto. Es verdad que todas ellas representan determinadas épocas de la historia —épocas que, sabemos, tenían forzosa y honestamente que expresarse— y que, a su vez, representan etapas necesarias a la evolución de los pueblos. Aún así, es extraño cómo el poder de la belleza nos hace olvidar tanta injusticia.

Sin embargo, hoy día vivimos en una nueva fase en la vida de los hombres. Fase en que la lucha cotidiana los aproxima fraternalmente, conscientes del estado de fragilidad de las cosas, y de que juntos lucharán mejor. En vano el egoísmo y la incompreensión procuran separarlos, dividiéndolos como viejos e irreconciliables enemigos. Se ha gestado asimismo el tiempo —con el sacrificio de muchos, es cierto— de nivelar y esclarecer todo, abriendo a la humanidad el camino justo, más bello y con menos sufrimientos.

A mi modo de ver, esta imposición de los tiempos modernos es la base indispensable de la ciudad contemporánea, donde las antiguas discriminaciones no podrán prevalecer. Para que tal objetivo pueda ser alcanzado, sin embargo, no basta la labor del arquitecto. No basta que los planes urbanísticos expresen ese sentimiento de solidaridad por el cual clamamos, y que debería caracterizar el espíritu de nuestra época. Es preciso, también, que estos planes se destinen a una sociedad organizada sobre las mismas bases y que, reunidos armoniosamente, puedan transformarse en realidad. De otra forma, sus contenidos serán desvirtuados, y lo que generosamente se destinaba a todos, pasará a ser privilegio de una minoría. El problema —si deseamos realmente organizar la vida en términos humanos— es establecer, en primer lugar, una base social justa que garantice la efectiva ejecución de los planes, no permitiendo que ella se presente como una fantasía engañadora o una actitud intelectual que a nada conduciría.

Sólo de esta manera los planteamientos impedirán soluciones discriminatorias en que predominen intereses individualistas. Sólo de esta manera la colectividad —en su sentido impersonal y superior— será soberana, dando a todos las mismas posibilidades y derechos. Dentro de este criterio, las ciudades serán realmente modernas, porque no estarán limitadas a una grandiosa limitación de técnicas y buen gusto —aunque siempre destinadas a permanecer en el tiempo como alto ejemplo de belleza y sensibilidad—, sino porque serán ciudades de hombres libres y felices, que no se mirarán con afán de superioridad o envidia, sino como hermanos en esta dura y corta jornada que la vida les ofrece.

A mi modo de ver, ésta es la base indispensable para los debates sobre la Ciudad Moderna que la Conferencia Internacional de Estudiantes de Arquitectura [1959] va a entablar en este periodo privilegiado de la historia de la humanidad, cuando la ciencia asume la dirección de todas las actividades, revelándonos los misterios más extraordinarios del universo, haciéndonos, finalmente, humildes y modestos delante de la grandeza del mundo que nos rodea.